

**SAN AGUSTIN.**

HE aquí uno de los hombres mas sorprendentes de la iglesia latina: el que con mas caudal de imaginación enriqueció los estudios teológicos, el que supo revestir la ciencia escolástica de mayor elocuencia y sen-

sibilidad. Nacido en otro siglo, colocado en otra civilización, no es posible que hombre alguno pareciese dotado de mayor genio y de mas fácil dialéctica. Metafísica, historia, antigüedad, ciencia de las costumbres, conocimiento de las artes, todo lo reunía el distinguido mancebo de Tagaste: con la misma inteligencia escribía de música que sobre el libre alvedrío; lo mismo raciocinaba sobre el fenómeno intelectual de la memoria que discurría sobre la decadencia del imperio romano.

Floreció en la segunda mitad del siglo IV. Nació en Africa: estudió primeramente en Madauro, y después en Cartago. No le bastaba la elocuencia: sentía la necesidad de creer, y buscaba con ahinco la verdad. Creyó encontrarla en la doctrina de los Maniqueos, cuya metafísica sutil y maravillosa halagaba á su imaginación. Su madre, que ya lloraba con abundantes lágrimas los extravíos sensuales á que se habia dejado arrastrar desde la edad mas temprana, sintió aumentarse sus dolores al verle aficionado á tan perniciosa secta. Hablaba con algunos siervos de Dios para que amonestasen á su hijo y le sacasen de la ceguedad en que estaba: y cuando no podia conseguirlo de ellos por el temor que tenían de salir confundidos por la refinada lógica del mancebo, pedíales con nuevas lágrimas que rogasen á Dios por él. Trataba de esto en cierta ocasion con un santo obispo, y el respetable prelado le dijo: —Tened, señora, por cierto, que hijo de tantas lágrimas no se os perderá.

I.

Estaba la santa mujer una noche reposando, é hi-
rió de repente sus párpados una intensísima luz que
bajaba de lo alto. Abrió los ojos, y vió á un ángel en
forma de hermoso mancebo, el cual medio recogidas
sus largas alas teñidas de hermoso iris, é impercep-
tiblemente agitadas con un levísimo zumbido, se man-

tenia de pié junto á ella sin descansar apenas en el pavimento. Mientras la mujer se incorporaba en su lecho llena de admiracion y sobresalto, el ángel con una voz delicada y armoniosa le dirigió estas palabras:

—¿Por qué estás triste? ¿por qué lloraste?

—Por la pérdida de mi hijo, respondió con acento apagado la afligida Mónica.

—Ten confianza en Dios: donde tú vayas irá él.

Dicho lo cual desapareció el espíritu celeste.

Amaneció de allí á poco, y esperó la madre con impaciencia la hora de ver á su hijo. Mientras esta llegaba, siendo la mañana apacible y serena, fuése á orar á una iglesia que habia en la costa cerca del puerto, dedicada á San Cipriano, del cual era particularmente devota.

Al tiempo que la piadosa matrona salia de hacer su oracion, dirigíase este acompañado de algunos de sus discípulos hácia el muelle, donde le esperaba anclado un navío, en el que habia determinado pasar á Roma, codicioso de hacer muestra de su osado ingenio en las disputas con los primeros sábios del Occidente.

—Hijo mio! hijo mio! exclamó la pobre madre abalanzándose á su cuello: no nos abandones; quédate en Africa, que hoy un mensajero de Dios me ha anunciado que dejaré de llorarte perdido. «Por donde tú vayas irá tu hijo.» Esta promesa me ha dejado.

—Pues ved cómo eso ha de ser, la respondió Agustín desasiéndose de ella; mas cierto hubiera sido decirnos que ireis por donde yo vaya, y eso si algun dia quereis seguirme á Italia.

Viendo el gran dolor de su madre, la consoló el jóven como pudo; pero sin desistir de su propósito, se embarcó inmediatamente en el puerto, y ella haciendo sentidas exclamaciones desde la ribera estuvo allí siguiendo con los ojos el navío en que su hijo iba hasta que se sepultó en los lejanos y dorados vapores del horizonte.

Cumplábase sin embargo la sagrada promesa que hizo el ángel á Santa Mónica «*por donde tú vayas irá él.*»

Hallábase Agustin en Milan enviado por Simmaco para enseñar la elocuencia, cuando Simpliciano le refirió la conversion del célebre Victorino. Este hecho notable, las luminosas predicaciones de San Ambrosio, y las lágrimas de su madre, fueron los medios de que se valió Dios para tocar el corazon del sábio gentil. El prudente monje Simpliciano, al concluir la referida relacion, habia acertado á tocar la cuerda mas sensible en el corazon del fogoso africano.

Habia reunido el monje en su humilde retiro en las cercanías de Milan á Agustin y á su fiel compañero Alipo. Sentados los tres al pié de un pequeño manzano que los defendia en parte de los oblicuos y enrojecidos rayos del sol de Ocaso, el anciano terminaba su discurso en estos términos, dirigiendo alternativamente sus miradas á los dos amigos que tenian fijas en él las suyas.

«¿Y cuál no era la ciencia de aquel anciano? Muchos senadores ilustres habian sido discípulos suyos: sus lecciones públicas le habian valido el mayor de los honores que puede alcanzar un hombre de sus conciudadanos, una estatua de bronce en medio de la plaza pública. Pues aquel portento de ciencia no se avergonzó de convertirse en esclavo de Jesucristo, ni de ser lavado como un niño en las vivas aguas de la salud eterna. Y cuántos se convirtieron á la fé siguiendo su heroico ejemplo!»

Al oir esto, Agustin, que ya mostraba en el rostro la gran lucha y turbacion que reinaba en su pecho, se volvió á Alipo, y comenzó á decirle á gritos:

—Qué es lo que hacemos! No habeis oido? Levántanse á imitacion de los sábios los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros faltos de corazon con nuestras doctrinas, andamos sumidos en el naufragio de nuestra car-

ne y sangre. Por ventura porque ellos van delante, tendremos vergüenza de seguirlos?»

Así acabó aquella plática. Las confesiones que después escribió San Agustín, revelan bien cual era el estado de su alma en las noches consecutivas: pocos días después recibía el bautismo de mano de San Ambrosio.

III.

De allí á poco tiempo abandonaba la Italia el santo filósofo, y se dirigía á su país natal á dar con su ciencia, virtudes y milagros testimonio de su conversión á los sabios de Africa, y gloria á la iglesia de Dios que le admitía en su gremio para elevarle al alto puesto de doctor. Pero al pasar de la Toscana á Civita-Vecchia, donde había de embarcarse para Cartago, queriendo dejar á la Italia una prenda de su doctrina, imaginó escribir sobre la Santa *Trinidad* (*de Trinitate*); y cuando llegaba á Civita-Vecchia componía uno de los libros mas dificultosos, intrincados y profundos de su obra. Habiendo pues salido un día á proseguir sus meditaciones á la orilla del mar, esperando que la inmensidad de aquel espectáculo le facilitaría la comprensión de la inesplicable esencia del Eterno, sucedió que cuando mas engolfado se hallaba en sus pensamientos sobre la Trinidad, sus ojos se fijaron maquinalmente en un niño que, sentado en tierra, tomaba agua del mar en el hueco de una concha, y la echaba en una pequeña hoyita que había escarbado en la arena. Interrumpió aquella vision las profundas meditaciones del Santo, y le preguntó sonriendo:

—¿Qué intentas hacer, hermoso niño?

—Pasar á este hoyo toda el agua del mar, le respondió aquel.

—¿Cómo quieres hacer eso? ¿no ves, inocente, que el mar es inmensamente mayor que ese agujero?

—Y ¿cómo quieres tú comprender el mas grande de los misterios con tu limitada y mezquina razon? Aun mas difícil es tu empeño.»

Dicho esto, desapareció el niño, y San Agustín reconoció en aquella vision á un ángel que Dios le mandaba para desengañarle de la temeridad de su intento. Cuando volvió á emprender su trabajo corrigió todo lo que llevaba escrito, y no dejó en él cosa alguna que indicase la rebeldía de la razón humana contra los altos misterios del Ser Supremo.

La estampa que ofrecemos á nuestros lectores, copia de un bellísimo cuadro de Jordan, representa este milagroso suceso.

TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

CONTINUA LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

III.

De mal en peor.

Los piratas habian salido, pero la vieja de quien he hablado ahora poco estaba allí para decirme con frases atestadas de palabras españolas y francesas, que los bandidos habian fijado mi residencia á su lado, y que en lo sucesivo debía yo obedecer sus mandatos.

Pronto trabé conocimiento con un nuevo rostro.

La guardiana de la casa no estaba sola, como creí al principio, pues la servia un viejecillo de fisonomía y modales propios para asustar á cualquiera; pero habia visto tanto, tanto en ocho dias, y aun mas repugnante quizá, que permanecí tranquilo en presencia del señor Papagayo, pues así se llamaba.

Aunque con setenta años á la cola, era ni mas ni menos que de mi misma estatura, y tenia unos brazos

tan largos que cuando los dejaba caer le llegaban hasta las pantorillas. Brillaban inmóviles en sus órbitas dos ojillos redondos y negros como los del buho; cubría su rostro, de un color aceitunado, una barba blanca y espesa como una poca de nieve sobre un puchero de tierra cocida, y para coronar la obra, llevaba en la espalda aquel personaje singular una joroba magnífica.

En qué horrible necesidad, gran Dios, me hallaba colocado! Cómo! tener que pasar la vida en compañía de dos criaturas tan feas y de tan extraño aspecto que parecían dos mónstruos vivos!

Por una parte una vieja sin dientes, decrepita y sucia, áspera y brutal, injusta y tal vez malvada!... y por otra un individuo espantoso, tan feo y deforme que temblaba cuando me acercaba á él. Si la primera farfulla algunas palabras que se entienden con sumo trabajo, no hay posibilidad para mí de entender al segundo, ni que él me entienda á mí.

Voto bah! me decia á mí mismo, que los señores piratas han hecho un pan como unas hostias dejándome en su compañía. Mas valiera cien veces tener que habérmelas con todos los Feotas del mundo y sus acólitos, y no con semejantes espantajos! ¿Qué esperan de mí en esta caverna? qué designio tienen con respecto á mi persona? ¿qué suerte me está preparada? ¿cuál será aquí mi destino?

No tuve que esperar mucho para saberlo en parte, pues en aquel mismo dia me impuse en las tareas de mi empleo y el tren de vida que iba á llevar. La vieja Ladrona (ya es tiempo de que diga su nombre) me cargó como á un mulo con varios paquetes, y me mandó la siguiere: como no era cosa de decir que no, obedecí su mandato, y partimos dejando á Papagayo en casa, para ir á Coquimbo, que era la ciudad mas inmediata, á vender las cosas que yo llevaba á cuestras.

Casi todos los dias hacíamos esto mismo, y el tiempo restante lo pasaba en compañía del viejo, mero-

deando en las campiñas contiguas, á fin de descubrir toda especie de provisiones, sea de boca ó de cualquier otra clase.

IV.

Chile.

En estas excursiones tuve ocasion de orientarme un poco acerca del pais á donde me habia conducido mi mala estrella; y puedo decir que nunca he visto un rincón de tierra que pueda compararse con aquel, tanto por la fertilidad del suelo como por la riqueza del clima. Es un cielo magnífico donde brilla incesantemente un sol cálido y lleno de vida, bajo el cual se vé brotar y crecer una vegetacion abundantísima.

No hay allí caseríos y aldeas como en nuestras campiñas de España, pues en su mayor parte se halla habitado el pais por indios de color cobrizo que viven aisladamente en cabañas, y se ocupan en la recoleccion del vino, cañámo y trigo, ó en la esplotacion de las minas de oro y plata.

Sí, allí se estrae del seno de la tierra oro y plata, del mismo modo que entre nosotros habia visto sacar las piedras de las canteras, y he aquí sobre todo lo que me hizo abrir tanto ojo! Muchas veces habia oido hablar de las minas de oro, pero me habia contentado con tomarlo por una maravillosa invencion de los forjadores de cuentos; y sin embargo, si hubiera reflexionado un poco me habria dicho á mí mismo que todas las cosas tienen un principio, y existiendo el oro, debia venirnos de alguna parte; no es verdad?

Ni yo era ambicioso, ni jamás habia abrigado un deseo formal de poseer riquezas, y no obstante, no sé qué cosa me llevaba á las minas de la cuales me separaba una corta distancia. Cuando con perjuicio de mis diarias faenas hacia una escapada, allí iba á pasar el tiempo, aunque tambien debo decir á VV. que ha-

biá encontrado trabajando en las minas á un sevillano, con quien me gustaba ir á charlar.

Mis amos llegaron á enterarse de mis paseos, y Papagayo me siguió un día, comprendiendo entonces por qué dirigia mis pasos con tanta preferencia hácia aquel sitio.

Regañáronme de lo lindo, y la vieja Ladrona llegó á sentarme la mano por dos veces, intimándome además que si continuaba haciendo mis excursiones clandestinas, me atarían como á un perro.

Tomé pues mi partido con tanta mayor razón cuanto que desde entonces no me dejaron un minuto de libertad, teniendo que andar siempre pegado á uno de mis amos.

V.

La manzana de discordia.

Ya hacia cerca de tres meses que llevaba este género de vida; pero no necesité tanto tiempo para conocer la poca inteligencia que reinaba entre mis dos espantosos camaradas, cuya difícil jerga llegué á entender á fuerza de atención. El uno desconfiaba del otro, disputaban continuamente, y tenían gusto en llevarse la contraria, llegando algunas veces hasta amenazarse con el puño, y echarse mano á los cabellos ó á la garganta.

Creerán VV. que yo era la causa principal de aquellas disensiones y guerras domésticas?... Muy lejos estaba yo de pensar tal cosa, pero los dos antagonistas me lo revelaron, tal vez sin querer.

La señora quería venderme, pues esperaba sacar no poca utilidad traficando conmigo; pero Papagayo se empeñaba en que permaneciese en casa, teniendo presente que apenas llegué le libré de ciertas faenas algo molestas, aunque no fuese mas que haber dejado de ser acémila desde que yo tuve que ir á Coquimbo cargado como un burro.

En resumen, uno y otro en su modo de ver las cosas no tenían otro móvil que el interés personal, y yo, que habia aprendido en la escuela del infortunio, dejé obrar á mis amos, haciendo creer á ambos que estaba de su parte.

VI.

A pícaro pícaro y medlo.

Viendo el señor Papagayo que no era precisamente el mas fuerte en la lucha, dirigió sus baterías á otro punto, y quiso jugársela á la vieja; pero la casualidad me favoreció, y por fortuna supe burlar sus proyectos á tiempo.

La casualidad hizo pues que me hallase, no sé por qué circunstancia, oculto detrás de un solo en el momento en que muy cerca de mí proponia mi astuto compadre á un indio rico la compra de mi persona, la cual debia entregarle dentro de dos dias en un sitio indicado y en cambio de ciertas mercancías. Veán VV. como queria tomar la delantera y dejar plantada á la vieja, pues adivinando que no alcanzaría la victoria y que tarde ó temprano comerciaría aquella conmigo, mas valia, se dijo sin duda á sí mismo, que él me vendiese por su cuenta, en lo cual no iba muy descaminado.

Yo tuve muy buen cuidado de no dar que sospechar á nadie el secreto que habia sorprendido, y cuando llegó el plazo de los dos dias fijado para la venta, cuando mi señor Papagayo fue á buscarme para ir á merodear, le obedecí presuroso: sin embargo, como sabia á donde iba, tomé mis precauciones, quiero decir que registré á discrecion en la caverna, y cogí lo que podia serme útil ó de indispensable necesidad á fin de no embarcarme sin galleta.

Nos pusimos en marcha, y en el camino se mostró Papagayo otro hombre: nunca le habia visto tan alegre,

tan amistoso, tan solícito; era enteramente otro carácter. El pícaro, con toda su malicia, no sospechaba que yo sabía á donde se encaminaban todas aquellas monerías!—Así es como se halaga al animal que se quiere domesticar.

Yo, siempre pensando en mi negocio, buscaba en mi imaginación los medios de recobrar mi libertad, y salir no solo del yugo que me oprimía en casa de los señores piratas sino de la esclavitud á que querían reducirme aquel mismo día.

(Se continuará.)

DOS NIÑOS CHINOS.

(Véase el número anterior)

Cuando más entregados se hallaban los dos niños á sus juegos, fue á interrumpirles una voz que gritaba: «á las buenas tortas! quién me las compra? tortas de Tching-Tcheou! no las vendo, sino que las doy!»

El vendedor que se espresaba de este modo (digo vendedor, porque á pesar de su seductor anuncio, nunca había pensado regalar al público gratis) habíase parado á la puerta del jardín en que se hallaban Fo-Hi y Fo-Lang, la cual estaba entreabierta.

El ambulante pastelero llevaba sus mercancía en un carreton, sobre el cual había un madero adornado de una infinidad de campanillas, pues la campanilla abunda mucho en China. Sus tortas ó pasteles, puestos en unos canastos de junco entretegido, gustan infinito á los chicos de aquel pais, y por cierto que tienen razon! Figuraos que se componen de huevos de papagayo, semilla de adormideras, Kai-pong (moscas conservadas en vinagre) Ho-nan (polvos de vainilla mezclados con pistilos de la flor del cáñamo), anís del Japon, azúcar sin refinar, y hojas verdes de té.

Estas tortas están enrolladas en forma de barquillos; pero no se desmoronan como estos, siendo preciso de consiguiente desliarlas para comerlas. Tanta es su fama, que el emperador Chao-Kao, en cuyo reinado fueron inventadas, concedió al inventor una pension de doscientos *taëls* (moneda que equivale á un duro), pension que se paga en el día á la familia del famoso pastelero.

Fo-Hi y Fo-Lang acudieron, como podeis figuraros, al oír aquella voz, olvidando los imprudentes que el señor Hau-Kiou-Kang les habia prohibido salir del jardin. Pero vayan VV. á obedecer semejante mandato oyendo pregonar las tortas de *Tching-Tcheou*! Por otra parte, su padre se hallaba en la tienda y no podia verlos; pero con gran sentimiento de los chicos, el vendedor echó á andar con su carretón en vez de esperarlos, y ellos no tuvieron otro remedio que seguirle.

Nunca le perdieron de vista, mas no pudieron alcanzarle en un principio, y de este modo atravesaron muchas calles hasta que llegaron á una plazuela donde se celebraba una especie de feria.

Desgraciadamente la curiosidad de Fo-Lang era igual á la glotonería de Fo-Hi, y Fo-Lang acudió á ver la comedia dejando á su hermano con el pastelero, quien al fin habia hecho alto.

El aparato teatral era una especie de plataforma colocada sobre la cabeza del director de la compañía, quien para poner en movimiento á sus personajes, se envolvía de pies á cabeza en una tela azul. El pulgar y el índice formaban, segun los principios, los brazos de los actores, y en cuanto á las piezas que allí se representaban, segun la riqueza de imaginacion del director-autor (pues muchas veces las improvisaba) tenian uno, dos, tres y aun cuatro actos, habiéndose visto algunas cuya duracion pasaba de una hora.

La que se representaba cuando llegó Fo-Lang tenia por título *El círculo hecho con lápiz*, y recuerda punto por punto el juicio de Salomon, como que se trata en ella de la historia de dos mujeres llamadas Ma y Hai-Tang,

quienes disputan ante el mandarin Pao-Tching la posesion de un niño que Pao-Tching adjudica á la verdadera madre. Esta pieza tuvo desde un principio tanto éxito, que alcanzó los honores de la impresion, motivo por el cual vamos á dar aquí el desenlace.

El mandarin Pao-Tching está sentado en su silla con el cordon de su órden al cuello: á su izquierda está colocada Hai-Tang, y á su derecha la señora Ma, cercada de varias vecinas suyas llamadas por ella para que sirviesen de testigos.

PAO-TCHING (á la señora Ma).—Insiste V. en sostener que es la madre del niño?

LA SEÑORA MA (designando á Hai-Tang que baja la vista). La mujer que me disputa tan dulce título, debe ser condenada á los suplicios mas crueles.... Pero, señor, no habeis oido á mis vecinas?

LAS VECINAS (á un tiempo). Juramos que la señora Ma es madre del niño.

PAO-TCHING. Está bien. (Se levanta y llama á un oficial: aparece este con el niño). Oficial, coge un pedazo de lápiz, y traza un círculo en medio del cual colocarás al niño. Que las madres tiren de él cada una por un brazo, y cuando la verdadera madre lo tenga en sus manos, la será fácil sacarlo del círculo; pero la otra no podrá llevárselo consigo. Tal es la virtud del círculo hecho con lápiz.

EL OFICIAL.—Vais á ser obedecido. (Traza un círculo con lápiz, y pone al niño en medio. La señora Ma lo saca fuera del círculo, y Hai-Tang no puede lograrlo.)

PAO-TCHING.—Es cierto que esta mujer no es la madre del niño, puesto que no ha conseguido sacarlo fuera del círculo: oficial, castígala con una vara.

HAI-TANG (á los pies de Pao-Tching). Os ruego, señor, aplaqueis esa cólera que me asusta como el estampido del trueno; deponed ese aspecto amenazador tan terrible como el del lobo ó el tigre. Ese niño es mi hijo; yo le he sustentado con mi propia leche, y hasta el dia en que me lo arrebataron, le prodigné todas las

caricias que inspira el amor de madre. Además, cuando tenía frío, abrigaba sus delicados miembros, ¡y cuántas penas no me ha costado criarle hasta la edad de cinco años! Siendo débil y tierno, no podría sin lastimarle gravemente, tirar de él con fuerza, y si he de obtener mi hijo desgarrando sus brazos, mejor quiero morir á los golpes de la vara, que hacer el menor esfuerzo para sacarle del círculo.

PAO-TCHING. Pues bien! tómale, pero sin violencia, porque es tuyo, y nadie tiene derecho á disputártelo. Mirad el poder que encerraba el círculo hecho con lápiz, puesto que ha revelado el artificio y la mentira, dando á conocer al fin la verdadera madre. Solo ella ha podido temer herir á ese tierno niño, cuyos brazos son tan frágiles como la paja del cáñamo. Oficial, apodérate de la señora Ma, y lévala al suplicio: en cuanto á sus vecinas, que sean castigadas con varas.»

La sentencia del mandarin fué acogida con estrepitosos aplausos, y Fo-Lang aplaudió tambien; pero cuando dirigió la vista hácia donde habia dejado á su hermano, ni vió á Fo-Hi ni al pastelero: uno y otro habian desaparecido, por lo cual Fo-Lang se puso á llorar.

Tantos lamentos dió, que el director del teatro al oír aquel ruido, asomó la cabeza entre sus personajes, y viendo á Fo-Lang que se habia quedado solo delante del escenario, y se hallaba entregado á tan grande aflicción, se figuró que las peripecias de la comedia habian producido semejante exceso de sensibilidad.

Dirigióse pues al pobre chico, y le dijo:

«Consuélate, que ya la madre ha recobrado su hijo.

—Fo-Hi se ha ido! respondió Fo-Lang llorando. — Hi, hi, hi, hi!

—No se llama Fo-Hi, repuso el actor, sino Tchao, que es un nombre mas bonito. Tampoco se ha ido; mírale, aquí está.»

Y enseñó á Fo-Lang un pedazo de paño encarnado, empaquetado en unas mantillas de seda azul: era Tchao, el tierno Tchao, objeto de rivalidad entre las dos ma-

dres; pero no por eso se calmó el dolor de Fo-Lang.

«Este chico ha tomado la cosa de veras, se dijo á sí mismo el farsante; le convenceré de que todo esto solo es un juego.»

Y fué enseñando á Fo-Lang todos los actores del drama, Hai-Tang, la señora Ma, sus vecinas, el juez y el oficial: todos ellos eran pedazos de estopa cubiertos de telas cortadas en forma de mantos, sayas y túnicas, mas aunque los mostró á Fo-Lang pieza por pieza, este permanecía inconsolable.

Entonces el actor se decidió á salir de su casucha, que habia plantado sobre una estaca, y al cabo de muchas respuestas en que solo pudo atrapar el nombre de Fo-Hi, aumentado indefinidamente en su última sílaba, comprendió que Fo-Lang habia perdido á su hermano.

«Que no me lo hubieras dicho desde luego! saltó el buen hombre, te habría llevado á casa de tu papá, á cuyo lado se encuentra sin duda alguna tu hermano. ¿Dónde vive tu papá?

—En su casa.

—Muy bien!... Y cómo se llama?

—Papá.

—Perfectamente! Las señas son mortales; solo que en vez de salir á campaña, esperaremos aquí á que nos vengán á buscar. Creo es lo mas prudente.»

Y los sollozos de Fo-Lang volvieron á empezar; mas para convertirse bien pronto en gritos de alegría, pues descubrió á su padre, al señor Hau-Kiou-Kang, quien en compañía de varios criados recorría el cuartel en busca de sus hijos.

(Se continuará.)

SALVE.



Dios te salve, reina y madre,
 Madre tierna del dolor,
 Vida y gloria y esperanza
 Del contrito pecador.
 Dios te salve: á ti clamamos
 Que nos vuelvas nuestro bien
 Como hijos desterrados
 De las glorias del Edem.
 Ea pues, Virgen, sé abogada
 De nosotros, por tu amor,
 Y tus ojos bondadosos
 Vuelve al triste pecador.

Y después de este destierro
 Sea consuelo del mortal,
 Ver al fruto de tu vientre
 En la corte celestial.
 Oh piadosa! oh bondadosa,
 Dulce madre del Señor,
 Ruega al Todopoderoso
 Que perdone nuestro error.
 Porque al fin dignos seamos
 De merecer y alcanzar
 Las promesas que el Eterno
 Hizo al hombre al espirar.

M. MARIA DE SANTA ANA.